

Al pueblo de ida y vuelta

Joel Lozada



Capítulo 1

Al pueblo de ida y vuelta

De nuevo hacia Cañada. Cañada, sí. Un pueblo con su río seco y sus calles también secas y polvorientas que ocultan pasadas glorias. En realidad tan sólo para sus oriundos representan glorias y aunque alguien las pusiera en entredicho, la gente de Cañada seguiría creyendo en ellas. Son tan fieles creyentes que aún aseguran en nuestros días, que la imagen de su virgen sangra por los ojos, y ejecuta milagros.

Cañada a duras penas puede encontrarse en algunos mapas, sin embargo como todos los pueblos de México, es fácil de encontrar para sus hijos. Este pueblito tiene un zócalo bastante bien arreglado que se adorna para los días de fiesta.

No recuerdo la fecha del día de fiesta, sé que es en marzo. En cambio recuerdo cada noche de frío que he pasado en Cañada.

Allí, como en cualquier pueblo, el tiempo pasa lentamente. Tan fastidiosamente lento que la mejor distracción es emborracharse. Antes se hacía con aguardiente y con pulque; ahora supongo que lo harán con tequila y cerveza.

En tiempos de mi abuela, mientras los hombres se embriagaban, las mujeres escuchaban el reloj de la plaza. Un fiel vigía del tiempo que te recordaba cada cuarto de hora lo lenta que resulta la vida en un pueblo. Las mujeres solían escuchar sin perder la oportunidad de explicar, a quienes lo ignoraban, que las primeras campanadas marcaban las horas. Luego de una pausa, la siguiente ronda de repiques, a lo más tres, anunciarían el cuarto, la media o los tres cuartos de hora.

Siempre me deprimió contar las campanadas en Cañada. Mirar algunas de sus construcciones de adobe abandonadas, unas veces secas y polvorientas; otras, húmedas y embarradas, pero siempre llenas de basura, no era muy divertido. Para alguien como yo, que ha vivido siempre en la gran ciudad, no hay cosa que provoque mayor malestar que ver paredes tapizadas con moho, hablando de vacío, de tristeza y abandono. Soledad. Eso es lo que sientes cuando no hay más qué hacer que contar horas mientras esperas a que termine la noche fría de un velorio de pueblo. Así fue mi primera noche en Cañada.

A pesar de que odio ir a Cañada ahora tenía que volver a ese rancho. Ese pueblo luce cada vez más abandonado a pesar de que la oleada de modernidad le haya alcanzado y arrastrado. Hoy sus mujeres no cuentan más las horas ni usan sus hábiles manos para tejer rebosos. Ahora tejen frases jocosas sobre la touch screen de sus celulares, beben micheladas y

asisten a bailes y visten como cualquier mujer en cualquier parte del país. Tampoco les preocupará lo que podrán comer mañana como antaño, sino que pensarán en comer algo que no les haga perder la silueta.

Mis padres compartían mi sentir con respecto a la vida pueblerina. Mi madre una vez que salió de su natal Puebla, no volvió jamás y mi padre, nacido en la capital, no gustaba de privarse de las comodidades propias de la metrópoli. Mis hermanos odiaban todo lo que oliera a pueblo y se enorgullecían de escuchar música en inglés a todas horas. Así que la encomienda de escoltar a mi abuela hasta su pueblito, las más de las veces había recaído en mí.

Recuerdo perfectamente la última vez que visité Cañada. Luego de la primera hora del viaje de regreso, un tipo que se sentaba justo a mi lado, en el asiento que daba a la ventanilla, pensó que ya me habría dormido, así que le pareció buena idea deslizar su mano con cautela tratando de tocar mi entrepierna. Si me llamaran la atención aquellas cosas, hubiera sido el hombre más feliz del mundo, pero como tal no era el caso, se lo impedí salpicando mentadas de madre a discreción. Luego, tras un buen rato de camino y un montón de disculpas trabé conversación con él. Finalmente resultó ser la única distracción que me hacía soportable aquel viaje.

-Tuve un maestro que era putón, dijo mi compañero de asiento. Una vez me propuso que nos arregláramos. Así él me daría buena ropa, libros y dinero para gastar. Además de las palancas para exentar las materias que impartían sus colegas, "las locotas". Un buen negocio. Todo a cambio de atender su jardín trasero.

Visto a las escasas luces que se encuentran por la carretera, el sujeto que me hablaba, era más bien de estatura baja, espaldas anchas y brazos cortos y robustos. Por las expresiones que usaba pude suponer que llevaba un tiempo considerable viviendo en la gran ciudad y por el tono de su voz se adivinaba, entre las sombras, un gesto alegre.

- ¿Entonces me dejarás verla? No quiero tocarla, ni mucho menos. Sólo ver que tan grande la tienes. Nada más.- atacó de nuevo.

Lo insistente que era aquel hombre me recordó a los gatos del pueblo cuando mendigan comida echando mano a sus irritantes maullidos, pero en particular me recordaba a aquel gato de mi tía Juana. Cada vez que Don Aurelio regresaba de las labores del campo y entraba en la casa, el gato se alborotaba. ¡Qué de risas me sacaba ver cuando el señor le gritaba!:

-¡Carne, carne!

El pobre animal enloquecía más y más. Maullaba desesperado y daba vueltas alrededor de la desvencijada mesa. Y yo, que era un cabrón, y además siempre tuve la habilidad, pronto me puse a imitar a Don Aurelio.

-¡Carne, carne!

El inocente gato vino corriendo hacia mí, en busca de un trozo de pollo.

¡Qué risa daba ver su estúpida cara!

Unas veces le tiraba pequeños trozos de carne, para que mantuviera la esperanza de recibir una buena pieza, además no quería que se aburriera y dejara de divertirme.

Le tiraba trocitos de pollo y él los atrapaba al vuelo con esa destreza que otorga el hambre. En Cañada había matanza en el rastro solamente los domingos, así que un bocado succulento y escaso nunca se despreciaba. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Ahora Cañada cuenta con un supermercado, varios pizzerías y hasta un par de restaurantes de comida rápida que expenden pollo frito estilo Kentucky y hamburguesas.

“Esas son porquerías”, decía mi padre. “Hasta los gringos lo dicen. Ellos prefieren las comidas naturales. Cero productos sintéticos o pesticidas. A nosotros nos dejan lo peor. Por ejemplo, se llevan las fresas que tienen el tamaño de un aguacate Hass, las mejores piñas, el mejor atún y en cambio nos mandan sus chingaderas. Y encima nos han metido en la cabeza eso de la planificación familiar. Claro, si las familias fueran tan numerosas como antes, ningún mexicano podría comer esa bazofia a excepción de los burgueses”

Yo escuchaba los argumentos de mi padre, fascinado con su análisis que era mezcla de sociología con teoría de la conspiración al cincuenta por ciento.

Capítulo 2

Pero volvamos a Cañada. Por fin tuve bien cebado al famélico animal. Entonces, en lugar de pollo, le tiré un pedazo de tortilla. El felino lo escupió como si se tratara de mierda. Sí, lo escupió asqueado. Su cara no era esa cara divertida de Santiago, "Chago", el loco del pueblo, quien se regocijaba cada vez que escupía, porque escupía en la cara de cualquier cliente que se descuidara mientras compraba pan en el expendio de la familia Abad.

-Este señor ya no entiende, decía la señora Caritina desaprobando con la cabeza. Deberían meterlo al manicomio. A veces le da por aliviarse y como es buen albañil, lo contratan para levantar alguna barda o echar un colado, pero ya hace mucho que no se mejora. Todos los días alguien le regala un taco. Pero cuando no le gusta lo que le dan, Chago se los avienta a la cara el muy cabrón.

Lo tiraba, como lo haría el gato sin nombre de mi tía Juana. Así, de forma tan graciosa, como cualquier cómico del cine de los años cuarenta.

No, el pobre gato sí que sufría. Sufría de un hambre aumentada por los pocos pedazos de carne que le tiraban. Y sufría por verse burlado. Luego recobraba su temple. Los gatos tienen un ego tan inflado que apenas puede creerse. Se marchaba con pasos lentos y deliberados, ignorándose. Ignorando mis carcajadas, aunque yo sé que le calaban hasta los tomates. Luego fingía. Restregaba todo su tronco contra las patas de una silla, o contra un tambo de lámina y terminaba levantando y curvando la punta de su cola en forma de cayado.

Intentaba demostrarme lo poco que le había importado que su idiotez me diera uno de los pocos placeres que saqué de Cañada. Para ese ñango felino, él, seguía siendo todo un gato, y yo, solamente un pendejo.

Siempre he pensado que si existe algún animal que pueda aliviar sus propios sufrimientos, ese, es el gato. El gato cura su estrés frotándose sensualmente; masturbándose para olvidar sus penas así como lo hacen muchos humanos.

-Y ahí me tienes- volvió mi compañero de asiento a hablar-. A veces me escondía en las milpitas con mis primos o con cualquier otro niño para hacer diabluras. Nos agarrábamos las nalgas y a medida que íbamos creciendo nos hacíamos más cochinadas.

A mí me gustaron también las viejas, así que me casé, pero me siguió latiendo el aguayón torneado. ¡Y mírame! Aquí sigo cazando. Buscando a

ver a quién se la chupo porque “joto que no es ligón, no es buen putón”.

Yo le respondía con frases hechas para la ocasión, como: “No, pues sí” o “está cabrón”. Eran los trozos de pollo que le tiraba con la esperanza de que me dejara en paz y al mismo tiempo me hiciera reír.

Aunque a veces le agradecía su plática salvadora, porque me quitaba el aburrimiento, no le agradecía en nada el hecho de que no pudiera dormir tranquilamente por un rato, por temor a ser manoseado.

Para evitar la incomodidad de un viaje a Tecamachalco y luego otro a Puebla. Yo había salido desde Cañada hacia Tehuacán con el fin tomar el autobús directo de regreso a México, luego de acompañar a mi abuela hasta ese pueblo.

Mi abuela le pidió a doña Mimí Mouse, (que no era su verdadero nombre sino un apodo que yo le puse, debido a sus enormes orejas), que me consiguiera un viaje a Tehuacán para que pudiera abandonar Cañada ese mismo día.

-¡No me lo mandes sin su pulque!- grito desde la zotehuela Don Aurelio.

La señora obedeció y entró al pequeño tinacal que habían adaptado a un costado de la casa. Luego de unos minutos volvió con una jícara enorme repleta de aquella bebida. Le tiró los moscos que nadaban en la espuma y hasta una abeja. Me ofreció la bebida. Yo nunca he sido mamón ni asqueroso. Mi lema siempre ha rezado así: “Si se bebe me lo echo y si se come, me gusta”. O como hubiera dicho mi abuelo Antonio: “si corre, se arrastra o vuela, todo va pa’ la cazuela”

Una vez fui con unos amigos a visitar a una compañera que había sufrido un accidente. Estuvo internada allá, en una clínica que está por Tlanepantla.

Cuando salimos de la visita y como hacía hambre, nos fuimos sin hacer escalas a comer quesadillas.

Bajo un tejaban unos ancianos despachaban. Una gata paría sobre el tejado entre escandalosos maullidos. A eso de la segunda quesadilla, cayó un gatito directo en el comal.

El anciano tomó al felino de una pata y lo aventó de vuelta al techo. No me dio asco a pesar de verlo envuelto en una sustancia viscosa y aún con el cordón umbilical colgando. Yo seguí comiendo como si nada, es más, pedí otra quesadilla.

Así que, con estas credenciales a mi favor, soplé sobre el brebaje que me ofrecía la devota y cornuda esposa de Don Aurelio. Tomé mi jícara de

tlachique antes de abandonar la casa.

-¡Eres bien puerco y bien hambreado!- decía mi hermano-. Desde chico, además de que tus pañales olían a zorrillo, mordisqueabas las cáscaras de papaya que encontrabas en el bote de la basura de doña Dominguita.

Mi hermano solía molestarme con eso. Hasta el día en que me enteré de que cuando él era apenas un bebé, se comía la caca de sus pañales. Eso sí, le gustaba comerla en su mejor punto de cocción.

Dejó de fastidiarme con mi pasado deshonroso, al saber que yo podría revirarle, trayendo a cuento su afición mierdófila, cacófaga o como sea que se diga.

Seguí mirando por la ventana. Muy alerta, pues mi compañero de asiento, me había advertido que el chofer iba a cambiarnos a otro camión.

-Esa vieja no creas que se la acaba de conquistar. Es una de esas putas que buscan clientes en los autobuses foráneos. Te hacen la plática y te cuentan sus penas. Hasta al corazón más duro enternece y terminas ofreciéndote para consolarlas, a cambio claro, de unos buenos fierros, porque no te creas que son promotoras del programa "Oportunidades".

Capítulo 3

Así que todos los pasajeros bajamos del camión, para “tomarnos un cafecito”, justo como lo había sugerido el chofer. La escala le sirvió al camionero para cerrar la contratación numismática del placer con la tal muchacha y además para hacer tiempo hasta que llegara otra unidad que nos llevara a nuestro destino.

-¡Córrele que ya se va tobús, ya se va tobús! Gritaba una señora a su marido, que en medio de las risas de los pasajeros y de sus propias groserías, corría para alcanzarnos. A decir verdad, este par no hilaba una oración completa sin sazónarla con un buen tanto de majaderías. Me acordé entonces de Gaspar.

El gran amigo Gaspar.

-En serio. No vas a encontrar algo así, en ningún puto lugar del puto mundo, decía Gaspar. No vas a encontrar todo lo que encuentras en ese lugar. Luego se explicaba mejor, al ver mi cara de idiota: Es que allá encuentras un chingo de chingaderas... ¡pero bien chingonas!

Y yo pensaba que era seguro que en ningún lugar podría encontrarlas. Cómo iba a dudar de la palabra de un tipo que era mi amigo y encima se llamaba Gaspar Baltazar... Sí. Ya lo sé. Faltó Melchor. “Faltó Melchor”, siempre han dicho eso cada vez que hablo de ese amigo.

“Mi chingón”, así le llamábamos. Gaspar nació en Platón Sánchez y a diferencia mía, él sí que tenía raíces profundas en su pueblo. Visitaba su tierra todos los años para celebrar el Xantolo y se gastaba todos sus ahorros comprando lo necesario para preparar tamales y carne seca. Esas delicias que disfruté un par de ocasiones en las que me convidó a degustarlas luego de volver de su pueblo. Le encantaba nadar en el río y lanzarse desde las paredes rocosas que lo flanqueaban. Se tiraba clavados haciendo piruetas hasta que un día le encontraron tumbado sobre una roca con los intestinos de fuera.

Podría contarles mil aventuras de “mi chingón”, pero como este no es un relato sobre aventuras ajenas, me reservo su historia para una mejor ocasión. O tal vez no mejor, pero sí más chingona.

-Me descompuse de la panza- comentó el señor con su esposa-. ¡A ver si al rato no se me sale el topo!

-Pos apriétale, viejito.

Pero no apretó suficiente. Si bien “el topo” no abandonó su madriguera, los suspiros de ese animal vaya que lo hicieron. Todos los estornudos

traseros del señor "Tobús" se oían y se olían... así que, se tenía que levantar a cada rato para ir al baño.

-¡Ah que pinche viejo más apestoso! Comenzó a decir mi compañero, casi a gritos y abanicando frente a su nariz con una mano. Me caen gordos los pinches viejos. Los viejitos son los más cabrones. Recién que llegué a México, la vieja de mi tía me puso a vender merengues. Ai andaba con mi tablita por la calle. Una vez un ruco se me acerca y que me pide cincuenta varos de merengues y que por favor se los llevara a su casa.

Yo pensé haberme rayado, así que lo acompañé hasta una casa vacía. Y el cabrón luego luego que me baja los pantalones y comienza a chupármela. Y ai taba yo, con mi tablita de merengues por encima de la cabeza y sin saber ni qué hacer. Total que no me compró nada el muy culero. Dizque porque andaba muy jodido. Comenzó a quejarse y casi casi me suplicaba que le tronara la liga de a gorra.

Escuché con paciencia tibetana al mancillado merengero. Yo mismo sabía de lo que hablaba. Mi vieja tía Juana era igual de cabrona, quejumbrosa y chillona. Cuando nos ofrecía frijoles en la comida nos aclaraba que eran de la olla y no como en México, donde "todos son ricos y comen frijoles refritos, carne y hasta pescado". ¡Si la pobre supiera cuánta gente amolada hay también en la ciudad!

-Acá comemos frijoles "a lo pobrecito", decía.

Y cuando era la hora de la comida:

-Vamos a comer "a lo pobrecito"

Con el pretexto de vivir en un pueblo pobre, mi tía explotaba a su entenado (tal como lo hiciera la tía de aquel chaparro que me quería agarrar la tranca). Y antes que a él, explotó a su hija. Pero mi prima corrió con mejor suerte. Se encontró un marido que se la llevó a Oaxaca y allá, a fuerza de trabajo, se hizo de billetes.

-Ansi como me ves, toda india y fea. Si quiero me largo a pasiar a Rusia, primo.

Mi padre solía pedir frijoles "a lo pobrecito", porque de esa manera hacía reír a mi abuela. Ella, mi abuela, era de aquel pueblo empobrecido que se llama Cañada.

La primera visita de nuestra familia a Cañada, fue la que organizó mi padre, aunque para mi padre no hubo segunda vez y les contaré por qué.

Aquella primera, única, última vez, se le ocurrió ir al pueblo durante sus

vacaciones de Semana Santa.

En ese pueblo eran muy mochos, respetaban la tradición y no comían carne, como antaño en muchísimos pueblos de todo el país. Todo ha cambiado ahora. Cañada es un pueblo que organiza bailes para los habitantes de toda la región y los excesos más que la devoción distinguen su festejo de la Semana Mayor.

Así que mi papá desayunaba, comía y cenaba huevos. Huevos a lo pobrecito, mañana, día y noche. "Huevo más huevo igual a huevos", canturreaba mi padre cada vez que oía nombrar a Cañada.

Para colmo, cuando mis padres volvieron de su viaje, y como mi padre tenía mucha hambre, mi mamá le dijo:

-No compramos nada para comer. ¡Solamente que te haga unos huevos!

Capítulo 4

A mi compañero de viaje no le sorprendió enterarse de eso y en tono experto me decía que el campo está mal. Nunca ha dado y ahora menos. Aún así, la gente del pueblo es vanidosa. Todos hacen fiestas y quedan endeudados. Las madres y hasta las hijas son capaces de dar las nalgas con tal de tener dinero para su fiesta de XV años.

Lo sé. Antes era por la ilusión de una fiesta, ahora las dan a cambio de saldo en su celular...

¡Yo que pensaba que los del pueblo eran bien prósperos! Mi abuela viajaba a su tierra cada año y regresaba con cajas llenas de chocolate y empanadas de azúcar con requesón. Me encantaba el sabor de los buñuelos gorditos que llevaba y los huevos de guajolota. Aún recuerdo el sabor de los conejos en mole, los camotes achicalados y los dulces de camote que envueltos en papel encerado llevan una etiqueta impresa con la imagen de la catedral de Puebla.

-¡Todo eso lo pagaba mi mamá!- protestó la mía-. Se pasaba todo el año juntando su dinero y juntando semillas de jitomate, melón, calabaza y de cuantas hortalizas pudiera, para llevarlas al pueblo y que las pudieran sembrar. Y cuando se volvía, pagaba a las señoras para que nos prepararan todas esas cosas que ella nos traía.

Cuando había ocasión, sí que se lucían esas señoras, porque en la cocina son supremas. Logran dar a los platos más sencillos, un sabor exquisito y aliños que evocan tunas, capulines y tejocotes.

Mi tía Elsa era insuperable en eso de la cocina. Cuando vivió en la ciudad, el cantinero de su barrio le llevaba un costal de gatos en canal a los que mi tía se esmeraba en adobar con maestría y los cuales, servidos a la hora de la botana, le dieron la fama que hasta la fecha goza ese vetusto antro.

Así que, fue una inmensa decepción, cuando me enteré de la verdad. Y nosotros que íbamos ilusionados a por mi abuela a la terminal de autobuses, pensando otra cosa. Una vez, mi hermano "el come mierda" se relajó por la cargada y tuvieron que ponerlo de cabeza para que se le acomodaran los tampeates.

Ahora también yo tenía que hacerlo. Tenía que acomodarme los talayos porque ya habíamos llegado a la terminal de San Lázaro.

-Entonces, ¿no?

¡Vaya que el tipo era aguerrido! Abandoné el autobús sin dirigirle la

palabra y tomé un colectivo rumbo hacia mi casa.

Bajé del transporte poco antes para estirar las piernas. En la esquina de la avenida estaba el bar "Los Camaradas". Para maldita mi suerte salió un borracho que me sujetó por la ropa.

-¡Ahora sí hijo de su puta madre. Se lo va a cargar el payaso con todo y circo!

Aproveché un descuido del beligerante briago para zafarme del agarre y eché a correr como una liebre hasta mi casa.

Bajo el amparo del hogar paterno, todos me preguntaron, con poco interés, cómo había estado el viaje. Balancee la mano para responder que había ido regular.

-¿Te hago unos huevos?- dijo mi madre bromeando.

-¡Carne, carne!, respondí.

Todos en la casa se desternillaron de risa.

Lo mejor de ir a Cañada no son los paisajes ni las aventuras sino el viaje dentro de mí mismo. ¿Qué podrá ocurrir esta vez?

Me dirijo de vuelta hacia ese pueblucho que odio y que me encanta.

FIN